

PINOCHO

EN LA GRUTA
DEL MONSTRUO



EDITORIAL
TOR





00163320



PINOCHO EN LA GRUTA DEL MONSTRUO



CUENTO DE
C. COLLODI



Dibujos de
P. FOSSEY



E D I T O R I A L T O R

Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000

Río de Janeiro 760

— Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJORY MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- | | |
|---|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres | 51 El niño raptado |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos | 52 Barba Azul |
| 3 Los príncipes encantados | 53 Tanino el hormiguero |
| 4 La Bella durmiente del bosque | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte | 55 El tejedor de Segovia |
| 6 Piel de asno | 56 El príncipe Cododae |
| 7 La princesa y el erizo | 57 La amiguita de los pájaros |
| 8 Ali Babá y los 40 ladrones | 58 La señorita Scuderi |
| 9 La inocente mensajera | 59 Fábulas de Esopo |
| 10 Pinocho en campo de milagros | 60 Constanza |
| 11 El pájaro verde | 61 Nicolás y Nicolás |
| 12 Pulgarcito | 62 Los rosales de la reina |
| 13 Los maestros cantores | 63 El enfermero del Chacho |
| 14 El rey del río de Oro | 64 Grisélidis |
| 15 Caperucita Roja | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas | 66 Aladino |
| 17 El triunfo del zorro | 67 Genoveva de Brabante |
| 18 Pinocho en la isla de los abeltes | 68 La Sirenita |
| 19 La princesa picarona | 69 Peter Pan |
| 20 Simbad el marino | 70 El patito feo |
| 21 Canción de Navidad | 71 Hombre que vendió su nombre |
| 22 Un viaje maravilloso | 72 Los tres pelos del diablo |
| 23 El niño que se volvió hormiga | 73 Hansel y Gretel |
| 24 El enano Zacarías | 74 La flor del pantano |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo | 75 El buque fantasma |
| 26 El legado del moro | 76 La cámara del tesoro |
| 27 El gato con botas | 77 La desobediencia |
| 28 El hada de Granville | 78 El tarro de aceitunas |
| 29 De los Apeninos a los Andes | 79 El mensajero de la corona |
| 30 Menique | 80 La camisa del hombre feliz |
| 31 El rey Cuervo | 81 La verdad sospechosa |
| 32 Almendrita | 82 La graciosa Emelia |
| 33 Pinocho en el país de juguetes | 83 El muchacho afortunado |
| 34 El niño perdido | 84 La novia elegida |
| 35 Robin Hood | 85 Las dos estatuas |
| 36 La isla encantada | 86 La botella encantada |
| 37 Pif Paf | 87 El mercader de Venecia |
| 38 La carga liviana | 88 La obligación |
| 39 La alfombra mágica | 89 El favorito ingenioso |
| 40 El pájaro que reina | 90 Los dos ruiseñores |
| 41 La Cenicienta | 91 El ladrón de Bagdad |
| 42 Aventuras del rey Beder | 92 El tambor del regimiento |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro |
| 44 Pinocho en el fondo del mar | 94 El barbero silencioso |
| 45 Gulliver en el país de enanos | 95 Las tres perlas |
| 46 La bella Dorotea | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules | 97 El príncipe impostor |
| 48 Los zuecos maravillosos | 98 El rey en busca de novia |
| 49 Las tres hermanas | 99 El soldadito de plomo |
| 50 Fábulas de Iriarte | 100 El mercader y la favorita |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



PINOCHO en la GRUTA DEL MONSTRUO

I

En busca del terrible tiburón



ARA complacer al Hada de los Azules Cabellos, que lo había tomado bajo su protección, Pinocho se decidió a ir a la escuela. Fué grande el barullo que armaron los chicos al ver que tenían de compañero a un muñeco de madera. Le gastaban toda clase de bromas. Quién le sacaba el gorrito, quién le tiraba del saco, quién le dibujaba

unos bigotes con tinta y quién, en fin, intentaba atarle piolines a los pies y a las manos para hacerlo bailar.

Pinocho aguantó un rato largo, pero al fin se le acabó la paciencia, y dirigiéndose a los que más lo fastidiaban, les dijo, con cara de pocos amigos:

—¡Bueno, basta! Sepan que no he venido aquí para ser el hazmerreír de nadie. Yo los respeto a ustedes, y quiero que ustedes me respeten a mí.

—¡Muy bien dicho, imbécil! —gritó uno de los aludidos.

Y otro, más atrevido que los demás, alargó la mano para agarrar a Pinocho por la punta de su larga nariz; pero no llegó a hacerlo, pues el ofendido extendió una de sus piernas por debajo del banco y le largó un puntapié en las canillas.

—¡Ay! ¡Qué pies más duros! —aulló el agredido, restregándose el moretón que le dejara la feroz patada.

—¡Y qué codos! Más duros todavía que los pies —agregó otro que acababa de recibir un codazo en el estómago.

El caso fué que, desde aquel momento, Pinocho conquistó el respeto y la simpatía de todos los chicos de la escuela.

El maestro también lo quería mucho, porque lo veía estudioso, inteligente y cumplidor. Era el primero en llegar a la escuela y el último en retirarse. El único defecto que tenía era que se rodeaba de demasiados amigos, entre los que había una buena cantidad de haraganes y sinvergüenzas. Por eso el maestro le daba siempre buenos conse-

jos, y, por su parte, el Hada no se cansaba de decirle:

—Ten cuidado, hijo mío... Esos malos amigos tuyos acabarán por hacerte perder el amor al estudio.

—No hay cuidado —contestaba Pinocho, encojiéndose de hombros, mientras se plantaba el índice en mitad de la frente, como diciendo: “¡Pa-



Se decidió a ir a la escuela

ra qué tengo tanto juicio metido aquí adentro?”

A pesar de la confianza que se tenía, ocurrió que una mañana que iba a la escuela se encontró con un grupo compuesto por sus amigos peor educados, quienes se le acercaron y le dijeron:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que ha llegado un tiburón grande como una montaña. ¡Vienes con nosotros a la playa, para verlo?

—No. Tengo que ir a la escuela.

—Deja la escuela tranquila. Ya iremos mañana. Por una lección más o menos, no dejaremos de ser los burros de siempre.

—Bueno —dijo Pinocho, pensando que a lo mejor aquél era el tiburón que andaba por allí cuando se ahogó su papá—. Iré a ver el bicho ese por algo que yo me sé, pero iré a verlo después de clase.

—¡Qué tonto eres!... ¡Crees que un pez de ese tamaño va a esperar tu visita? Ni bien se aburra de nuestras playas, se irá para otro lado, y no lo verás jamás.

—Entonces, vamos —dijo Pinocho.

Y todos echaron a correr en dirección al mar.

II

La pelea

Cuando llegaron a la playa, Pinocho miró al mar y no vio ningún tiburón.

—¿Dónde está, que no lo veo? —preguntó a sus compañeros.

—Habrá ido a desayunarse —contestó uno.

—O se habrá marchado a dormir la siesta —agregó otro.

Por estas respuestas sin sentido y las carcajadas tontas que las acompañaban, Pinocho comprendió que sus amigos le habían hecho una broma de

*El maestro le daba
siempre buenos con-
sejos.*



mal gusto. Sin ocultar su resentimiento, les dijo con voz airada:

—¿Qué han ganado con haberme hecho el cuento del tiburón?

—Te hemos hecho perder la escuela. ¿No te da vergüenza ser tan puntual y estudiar como lo haces?

—¿Y si yo quiero seguir siendo así?

—No te miraremos más en la cara, y en la primera ocasión nos las pagarás.

—No me hagan reír...

—¿Qué? —gritó entonces el mayor de ellos, arrimándose con gesto amenazador—. No te ha-

gas tanto el gallito. Mira que eres ano contra siete.

—Siete, como los pecados capitales —dijo Pinocho, soltando una carcajada.

—¿Han oído?... Nos ha insultado.

—Yo te voy a dar —gritó el más atrevido—. ¡Toma esto a cuenta!

Y le pegó un puñetazo en la cara.

Como es de imaginar, el muñeco contestó con otro golpe, y en seguida la pelea se hizo general y violenta.

Furiosos los otros, porque no podían medirse con el muñeco cuerpo a cuerpo, lo quisieron apedrear, y, como no tenían a mano otra cosa que sus libros, se los tiraron con violencia, pero Pinocho los sabía esquivar, de manera que, pasando sobre su cabeza sin rozarla siquiera, iban a caer al mar.

Cuando a los agresores se les terminaron los libros, se echaron sobre los del muñeco, que tenían a mano, entre los cuales había uno encuadernado con tapa dura y con el lomo y las puntas de pergamino. Era una Aritmética. Uno de los traviesos lo agarró, y tomando de blanco la cabeza de Pinocho, lo lanzó con toda la fuerza de su brazo, pero en lugar de alcanzar a quien iba dirigido, fué a dar contra la cabeza de un compañero, que se puso blanco como el papel y no atinó a decir más que lo siguiente:

—¡Ay, mamita!... ¡Mamita!... ¡Me muero!

Y cayó tendido en la arena.

A la vista de ese cuerpo inerte, los demás chicos, asustados, salieron corriendo y no tardaron en desaparecer de la playa. El único que se quedó



—Entonces, vamos —dijo Pinocho

allí fué Pinocho, y, aun cuando, por el susto, estaba más muerto que vivo, corrió a empapar su pañuelo en el agua del mar y humedeció las sienes de su desdichado compañero, mientras lo llamaba, llorando a lágrima viva.

De pronto oyó un ruido sordo que se acercaba. Se dió vuelta y vió con estupor que eran dos policías.

—¿Qué estás haciendo ahí? —le preguntaron.

—Estoy auxiliando a este compañero mío. Parece que está descompuesto.

—¿Descompuesto? —dijo uno de los agentes, inclinándose para mirar al chico desvanecido—. Más que descompuesto, está herido. Herido en una sien. ¿Quién ha sido?

—Yo no —balbuceó el muñeco, próximo también a desmayarse.

—¿Con qué lo han lastimado?

—Con este libro —dijo Pinocho, levantando del suelo la Aritmética.

—¿Y de quién es ese libro?

—Es mío.

—No hacen falta más pruebas. Te llevaremos a la comisaría.

—¡Les juro que soy inocente!

—¡Vamos!

Antes de llevarlo preso, los vigilantes llamaron a unos pescadores que pasaban y les dijeron:

—Les confiamos a ustedes a este chico, que está herido en la cabeza. Présténle auxilio. Mañana volveremos para ver cómo sigue.

Después se dirigieron a Pinocho, y colocándolo entre los dos, le dijeron:

—¡Marchando, y a paso ligero! Si te haces el remolón, será peor para ti.

El muñeco no se lo hizo repetir. Se echó a andar de inmediato por la calle que conducía al pueblo. Pero el pobre ni se daba cuenta de dónde se encontraba. Le parecía ser el protagonista de una pesadilla.

Ya estaba por entrar en el pueblo, cuando un golpe de viento le arrebató a Pinocho el gorro y se lo llevó a diez pasos de distancia.

—Si me permiten —les dijo a los agentes—, voy a buscar el gorro que acaba de llevarme el viento.

—Bueno, anda, pero ligero —le contestaron.

Nuestro amigo fué, levantó el gorro, pero, en lugar de ponérselo en la cabeza y volver junto a sus guardianes, se lo colocó entre los dientes y



*Contra la cabeza de
un compañero...*

echó a correr a grandes zancadas hacia la playa, con la celeridad prodigiosa de una bala de fusil.

Los policías, considerando que no era fácil darle alcance, le largaron un mastín que les acompañaba, el cual había ganado siempre el primer premio en cuantas carreras de perros se habían llevado a cabo.

Pinocho corría ligero, pero el can corría más ligero que él. La gente se asomaba a las puertas y ventanas y se agolpaba en la calle, interesada en el resultado de tan singular carrera. Pero se tuvieron que quedar con las ganas, pues Pinocho y el perro levantaron tal nube de polvo, que a los pocos minutos no había quien los distinguiera aunque tuviera la vista de un lince.

III

En la gruta del monstruo

Hubo un momento en la carrera en el cual Pinocho se sintió perdido. Fué cuando Ala de Oro, que tal era el nombre del mastín, estaba por darle alcance.

Afortunadamente, la playa se encontraba cerca y el mar aparecía a pocos metros de distancia.

Tan pronto pisó la arena, el muñeco dió un gran salto, como si fuera una rana gigantesca y fué a caer al agua.

Ala de Oro, que era enemigo del baño, quiso detenerse; pero, llevado por el impulso de la carrera, se precipitó también al mar. El infeliz perro no sabía nadar, y empezó a manotear torpemente para mantenerse a flote. Pero cuanto más manoteaba, más se hundía con la cabeza bajo el agua. Cuando pudo sacar el hocico afuera, aulló diciendo:

—¡Auxilio, que me ahogo!

—¡Revienta! —le contestó Pinocho, que estaba lejos de su alcance.

—¡Avúdame, Pinochito lindo!... ¡No me dejes morir!...

—Te salvaré con una condición: que me prometas no molestarme más ni perseguirme.

—¡Te lo prometo!... ¡Te lo prometo! Pero muévete, pues si tardas medio minuto más, estoy perdido.

Pinocho vaciló durante unos segundos, pero re-



—¿Qué estás haciendo ahí?

cordando luego que su padre, el viejo Gepetto, que lo talló de un pedazo de madera, le había dicho muchas veces que nada se pierde con hacer una buena acción, nadó hasta alcanzar a Ala de Oro, y, tomándolo por la cola con ambas manos, lo llevó sano y salvo hasta la orilla.

Pinocho, que no confiaba demasiado en su promesa, una vez que lo hubo dejado sobre la arena seca de la playa, consideró prudente tirarse de nuevo al agua. Mientras se alejaba, le gritaba al mastín:

—¡Adiós, Ala de Oro!... Que te vaya bien, y recuerdos a la familia.

—¡Adiós, Pinochito lindo! —contestó el perro—. Y muchas gracias por haberme salvado. No olvides que en este mundo lo que se da se recibe de vuelta.

El muñeco siguió nadando, no alejándose de la orilla. Cuando le pareció haber llegado a un lugar seguro, echó un vistazo sobre la playa y vió entre los escollos una especie de gruta de la cual salía un penacho de humo.

—Por lo visto, en esa gruta hay fuego —se dijo—. Me viene de perilla para secarme y calentarme. Después... será lo que Dios quiera.

Tomada esta determinación, se arrimó a la escollera, pero cuando estaba por trepar sobre las rocas, sintió algo debajo del agua que subía y subía y lo llevaba por el aire. Intentó huir, pero ya era tarde. Con el asombro que es de imaginar, se encontró encerrado en una gran red entre una

enorme cantidad de peces de todas formas y tamaños, que se debatían desesperadamente.

Al mismo tiempo vió salir de la gruta a un pescador de horrible aspecto, tan horrible que parecía un monstruo marino.

Cuando este impresionante pescador hubo sacado la red, gritó alegremente:

—¡Bendito sea Dios! Hoy también podré darme una panzada de pescado.

—Afortunadamente, yo no soy un pescado — pensó Pinocho, recuperando el ánimo perdido.

La red con todo su contenido fué llevada al interior de la gruta, una gruta oscura y llena de humedad, en la que había un fuego sobre el que se calentaba una sartén que despedía un olor a sebo que cortaba el aliento.

—Vamos a ver qué clase de pescados tenemos hoy —dijo el monstruo, y metiendo en la red una mano tan grande y desproporcionada que, más que mano, parecía la pala de un panadero, sacó un puñado de merluzas.

—¡Lindas merluzas éstas! —dijo, mirándolas y oliéndolas con fruición.

Después las arrojó en un fuentón sin agua.

Repitió varias veces la misma operación. Y a medida que sacaba otros pescados y mientras se le hacía agua la boca, decía con satisfacción:

—Exquisitas estas pescadillas.

—¡Qué soberbias mojarras!

—¡Deliciosos los lenguados estos!

—¡Qué salmones formidables!

—¡Y qué me dicen de estas anchoas!



En el preciso momento en que el pescador



monstruoso iba a echar a Pinocho a la sartén...

Como pueden ustedes imaginar, merluzas, pescadillas, mojarras, lenguados, salmones y anchoas fueron a parar todos mezclados en el mismo recipiente.

Finalmente, en la red quedó solamente Pinocho. Y cuando el pescador lo sacó, abriendo con estupor sus ojazos verdes, gritó medio asustado:

—¿Qué clase de pescado será éste? No recuerdo haber comido nunca ninguno de tal especie.

Y siguió mirándolo con atención. Cuando se hubo cansado de observarlo por los cuatro costados, dijo:

—Al parecer, se trata de un cangrejo.

Entonces Pinocho, al verse confundido con semejante crustáceo, dijo con tono enojado:

—¿Qué cangrejo ni qué cangrejo! Fíjese bien antes de tratar a la gente. ¡Yo soy un muñeco!

—¿Un muñeco? —exclamó el monstruo—. El pez muñeco es para mí una novedad, pero me alegro, pues lo comeré más a gusto.

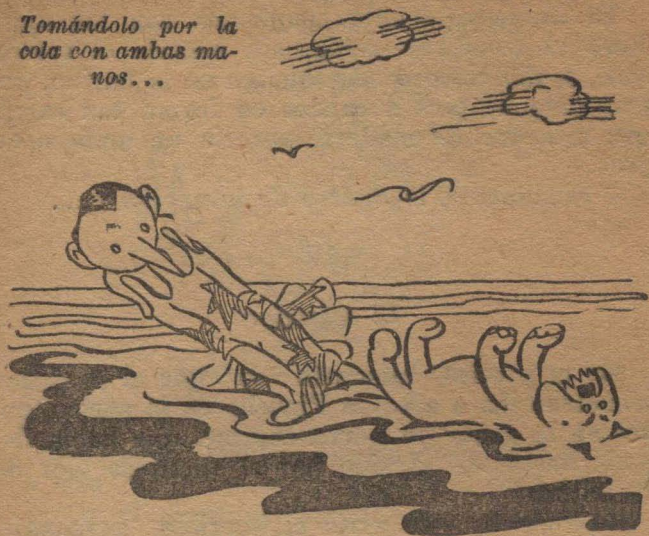
—¿Dice que me va a comer?... No es posible... ¿Acaso no se da cuenta que no soy ningún pescado? ¿No ve que hablo y razono lo mismo que usted?

—Como prueba de amistad y de particular admiración, dejaré que tú mismo elijas la forma en que deseas ser cocinado.

—¡Por compasión, señor pescador! —gimió Pinocho.

Fastidiado, el monstruo de la gruta tomó un junco, le ató manos y pies, dejándolo hecho un salame, y lo arrojó en el fuentón con los demás pescados. Después fué a buscar un cajón lleno

*Tomándolo por la
cola con ambas ma-
nos...*



de harina y espolvoreó con ella toda la pesca. Luego, agarrando las piezas una por una y terminando de envolverlas bien en harina, las iba echando en la sartén, sin abrirlas ni limpiarlas, pues no era de paladar delicado.

Los primeros que se pusieron a bailar en la grasa hirviendo fueron los pobres lenguados. Después les tocó el turno a las merluzas y a las mojarras. Seguidamente, a las pescadillas, a los salmones y a las anchoas. Y, por fin, a Pinocho. Cuando éste se vió tan cerca de la muerte —¡y qué muerte más horrible!— comenzó a temblar

desesperadamente y con un susto tal que no tenía ni voz ni aliento para llorar.

El desdichado chico suplicaba con los ojos. Pero el monstruo verde, sin hacerle el menor caso, le dió cinco o seis vueltas en la harina, cubriéndolo de pies a cabeza en forma tan cabal, que más que de madera, parecía un muñeco de yeso.

—Finalmente, lo agarró de la cabeza y...

IV

El salvador

En el preciso momento en que el pescador monstruo iba a echar a Pinocho en la sartén, entró en la gruta un perro enorme, que había llegado hasta allí atraído por el apetitoso olor de la fritura.

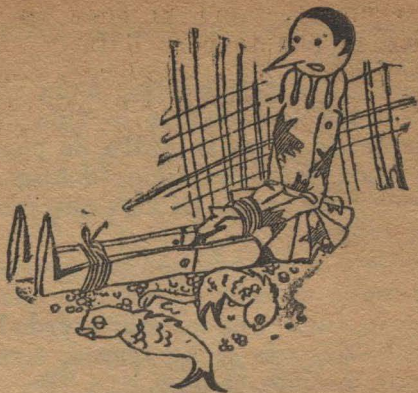
—¡Fuera! —le gritó el horrible personaje, amenazándolo, mientras seguía teniendo en la mano al muñeco enharinado.

Pero el pobre perro tenía, no un hambre canina, sino de cuatro caninos, y gruñendo amenazadoramente y moviendo la cola mientras avanzaba lentamente, parecía decir al dueño del antro:

—Dame una parte de tu fritura y te dejaré tranquilo.

—¡Fuera, te digo! —insistió el monstruo, al tiempo que estiraba la pierna para darle un puntapié.

Entonces el perro, que tenía realmente un ham-



Cuando el pescador lo sacó...

bre de mil demonios, por no decir de mil perros, a más de muy malas pulgas, se dirigió gruñendo contra el pescador, mostrándole los dientes.

En eso se oyó una vocecita débil que decía:

—¡Sálvame, Ala de Oro! ¡Sálvame! Mira que, si no me salvas, estoy frito.

El mastín reconoció inmediatamente la voz de Pinocho y comprendió, con el consiguiente estupor, que salía de ese bulto cubierto de harina que el monstruo tenía en la mano.

Entonces, ¿saben lo que hizo? Dió un gran salto, tomó el referido bulto con los dientes, y, llevándolo delicadamente, salió de la gruta y desapareció del lugar con la velocidad del rayo, llegando hasta el camino que conducía al pueblo. Entonces se detuvo y dejó con todo cuidado a Pinocho en el suelo.

—¡Gracias, amigo mío, muchas gracias! —exclamó el muñeco.

—No tienes que agradecerme nada —le replicó el mastín—. Tú me salvaste la vida cuando me estaba ahogando, y yo te acabo de pagar con la misma moneda. En este mundo debemos ayudarnos los unos a los otros. Es algo que conviene que tengas en cuenta.

Ala de Oro, sonriendo con su enorme bocaza, tendió su mano derecha al muñeco, que se la estrechó fuerte, fuerte, en señal de verdadera amistad. Minutos después se separaron, siguiendo cada cual por distinto camino.

V

El regreso a la casa del Hada

Mientras el perro tomaba el camino de la casa de sus patrones, Pinocho se dirigió a una choza cercana, y, viendo a un viejito que estaba en la puerta calentándose al sol, se le acercó y le dijo:

—Dígame, buen hombre: ¿no sabe, por casualidad, cómo se encuentra un pobre niño que fué herido en la cabeza?

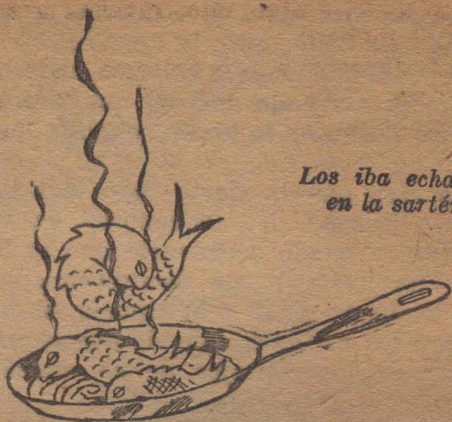
—¿El que trajeron aquí unos pescadores? ¡Un niño de la escuela?

—¡Sí, ése, ése!

—Tengo entendido que ahora...

—¿Ha muerto? —le interrumpió el muñeco, transido de dolor.

—No, hijo, no. Está tan vivo como tú y más que yo. Ya regresó a su casa.



*Los iba echando
en la sartén.*

—¿De veras? —gritó Pinocho, saltando de alegría—. Entonces, la herida que tenía no era grave...

—Por lo visto, no. Pero lo hubiera podido ser. ¡Y hasta de carácter mortal! Debes saber que le tiraron a la sien un grueso libro de tapa dura. Era una Aritmética, y una Aritmética aunque no tenga tapa dura, es muy pesada...

—¿Y quién le tiró ese libro al pobre chico?

—Un compañero suyo de escuela que se llama Pinocho.

—¿Y quién es ese Pinocho? —preguntó el muñeco, haciéndose el ignorante.

—Yo no lo conozco, pero dicen que es un travieso de lo que no hay, un vagabundo, un verdadero pillastre.

—Eso son calumnias, señor. ¡Puras calumnias! Mientras el muñeco largaba con el mayor des-

enfado toda una sarta de mentiras, se acordó que una vez, por embustero, le creció la nariz. Se tocó ésta y advirtió, con la consiguiente alarma, que se le había alargado más de una cuarta. Entonces quiso deshacer lo hecho, y gritó, más que habló:

—No crea que es cierto todo lo bueno que le dije de Piñocho. No lo conozco de vista, sino muy bien, y puedo asegurarle que es un desobediente, un haragán, un despreocupado y que a veces, en lugar de ir a la escuela, se hace la rabona con los malos amigos de que se ha rodeado, a pesar de los consejos de su mamá y de su maestro.

Cuando terminó de decir esto, se llevó la mano a la nariz y notó con satisfacción que ésta había vuelto a su tamaño anterior.

—¿Y por qué mentiste, entonces? —le preguntó el viejo.

—Es que soy un mentiroso, señor. Pero quiero enmendarme. Le voy a contar la verdad, toda la verdad...

Y le hizo al viejo la narración de todo lo que le había ocurrido en aquel aciago día, desde el momento en que escuchó los malos consejos de los peores amigos, hasta su llegada a la choza en demanda de noticias y de ayuda. Entonces, tomando coraje, le dijo al anciano:

—Buen hombre, ¿no tendría por casualidad algunos trapos con que poderme cubrir para presentarme a casa decentemente?

—Hijo mío —le contestó el viejo— siento decirte que lo único que tengo es una bolsita en la

Salió de la gruta y desapareció...



que guardo los maníes cuando algún amigo me regala un puñado. Si te sirve, tómalas; allí está.

Pinocho no se hizo repetir el ofrecimiento. Agarró la bolsita, que estaba vacía; le hizo con las tijeras un agujero en la parte media de la costura del fondo, y dos agujeritos en ambos lados, y se la puso como si fuera un camisón. Vestido así, en forma tan somera, se encaminó al pueblo, después de agradecerle al anciano su paciencia y bondad.

Camina que caminarás, iba el pobre muñeco por la calle desierta, pues ya era noche cerrada. El pobre no iba muy tranquilo. Tan poco tranquilo iba, que a veces daba un paso hacia adelante y otro hacia atrás. La conciencia le remordía.

En eso llegó al pueblo. Para colmo, el tiempo

era tormentoso y estaba lloviendo torrencialmente. Tomando coraje, se fué derecho a la casa del Hada, decidido a llamar y pedir que, por favor, le abrieran la puerta.

Y es que, a más de arrepentido, se sentía con frío y con hambre.

VI

El caracol

Cuando estuvo frente a la casa del Hada que lo había adoptado, Pinocho sintió que le faltaba ánimo. Por eso, en lugar de llamar, retrocedió corriendo unos veinte pasos.

Después de un largo rato de meditación, volvió a tomar coraje y por segunda vez se acercó a la puerta. Pero por segunda vez también retrocedió acobardado. Volvió por tercera vez, y lo mismo. Por fin, en el cuarto intento, agarró con mano trémula el llamador de hierro y dió un pequeño golpe.

Esperó un minuto, dos, tres, y nada... Por fin, a la media hora, cuando Pinocho ya estaba resignado a pasarse la noche al raso, si antes no aparecía un sereno que lo llevara a la comisaría, se abrió una ventana del último piso, que era el cuarto. El muñeco oyó el ruido, levantó la cabeza, y vió asomarse un caracol gigantesco que tenía en la cabeza una linterna prendida. Al ver al que aguardaba abajo en la vereda, preguntó:

—¿Quién llama a semejantes horas de la noche?

*Se encaminó al
pueblo.*



—Soy yo —contestó Pinocho—. ¡Está el Hada en casa!

—La señora Hada está durmiendo, y ha dado orden de que no la despierten por nada. ¡Pero quién eres tú!

—Pinocho.

—¿Qué Pinocho?

—El muñeco ese que vive en la casa del Hada.

—¡Ah! Ya entiendo... Espérame ahí, que bajo en seguida y te abro.

—Dése prisa, por favor, que estoy muerto de frío.

—Hijo mío, yo no soy ningún galgo, sino un caracol. Y los caracoles no tenemos nunca prisa.

Después de un buen rato, se abrió una ventā-

na en el tercer piso y volvió a asomarse el caracol, siempre con la linterna en la cabeza.

—¡Por favor, señor caracol! —gritó Pinocho desde la calle—. Hace dos horas que estoy esperando que me abra... Dos horas con esta noche infernal son más largas que dos años. ¡Dése prisa, por caridad!

—Hijo mío —le contestó desde la ventana el caracol, con toda tranquilidad—, ya te he dicho que nosotros nunca tenemos prisa.

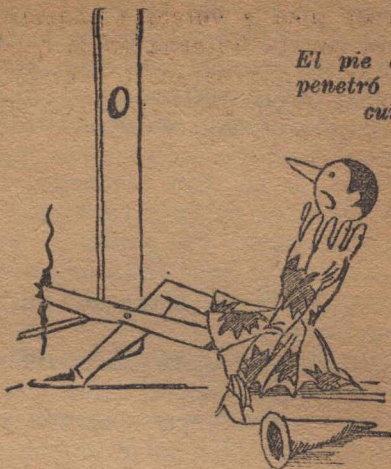
Poco después, el campanario del pueblo daba la medianoche. Luego dió la una... Luego dió las dos... ¡Y la puerta seguía sin abrirse!

Entonces Pinocho perdió la paciencia, y agarrando con violencia el llamador, se dispuso a dar un golpe que hiciera despertar sobresaltados a todos los moradores de la casa. Pero en ese preciso instante el llamador de hierro se convirtió en una anguila, la que, escurriéndosele al muñeco de entre las manos, desapareció en el arroyuelo que la lluvia había formado en la calle.

—¡Ajá! —gritó Pinocho, fuera de sí—. Conque el llamador ha desaparecido, ¿no? ¡Muy bien! Peor para el que lo haya hecho, pues ahora voy a llamar con los pies.

Y, apartándose un poco, para tener el espacio conveniente, lanzó un terrible puntapié contra la puerta de la casa. Tan terrible fué, que el pie del muñeco penetró como una cuña hasta la mitad del espesor de la madera, y cuando intentó sacarlo, sus esfuerzos resultaron inútiles: el pie se había quedado incrustado en la puerta como si fuera un clavo remachado.

*El pie del muñeco
penetró como una
cuña...*



Decididamente, el pobre Pinocho iba de mal en peor. Considerando que era inútil seguir pataleando, con lo que no conseguiría otra cosa que cansarse, se resignó a pasar el resto de la noche con una pierna en el suelo y la otra en el aire.

Y así fué. Después de la noche vino el día. Y cuando el sol ya estaba bastante alto, se abrió por fin la puerta.

Resulta que el pobre Caracol, para bajar del cuarto piso a la calle, había hecho un verdadero esfuerzo gracias al cual sólo empleó nueve horas en el trayecto. Y llegó sudando.

Al ver a Pinocho en tan rara posición, dijo, riendo de buena gana:

—¿Qué estás haciendo con el pie metido en la puerta?... ¡Vaya una manera más rara de descansar!

—¡Qué manera ni qué manera! —contestó el muñeco con el peor de los talantes—. Ha sido una desgracia que he tenido, motivada por la impaciencia de tan larga espera.

—Ya te he dicho que los caracoles nunca tenemos prisa.

—Demasiado lo sé. Sin embargo, tal vez le sea posible sacarme de esta tortura.

—¿Qué puedo hacer yo, pobre de mí? En un caso como éste lo que hace falta es un carpintero.

—Entonces, dígale al Hada de mi parte que mande a buscar uno.

—Ya te he dicho que el Hada duerme, y no quiere que la despierten.

—¿Pero qué voy a hacer, clavado aquí en la puerta todo el día? ¿No se da cuenta de lo horrible de mi tortura?

—Puedes pasar el rato contando las hormigas que transitan por la calle. Por lo menos, no te aburrirás. Y hasta puedes llevar una estadística: tantas hormigas negras, tantas coloradas, tantas que van, tantas que vienen...

—Déjese de bromas y déme por lo menos algo de comer, pues estoy desfalleciendo de debilidad.

—Voy corriendo, hijo mío —contestó el Caracol. Y se metió en la casa.

Tanto corrió, que tres horas y media después Pinocho lo vió volver con una bandeja de plata en la cabeza. En la bandeja había un pan, un pollo al esniedo y cuatro damascos maduros.

¡Lindo chasco se llevó apenas empezó a comer, mejor dicho, a querer comer! Pues resulta que el pan era de yeso; el pollo, de cartón, y los damas-

cos, de cera. Eso sí: todo muy bien imitado y mejor pintado.

Pinocho intentó llorar y tirar la bandeja con todo su contenido por el aire; pero al estirarse para cumplir su propósito, bien fuera por el dolor que el esfuerzo le causó en la pierna, bien por el largo ayuno y el cansancio, quedó desvanecido.

VII

Arrepentimiento y perdón

Cuando Pinocho volvió en sí se vió acostado en un muelle sofá. Tendió la vista por la habitación y se encontró con el Hada de los Azules Cabellos que estaba a su lado atendiéndolo con solicitud de madre. Inmediatamente el muñeco se incorporó y echándole los brazos al cuello, se manifestó arrepentido y le pidió perdón.

—Está bien. Te perdono —le dijo el Hada—. ¡Pero pobre de ti si vuelves a hacer otra de las tuyas!

Pinocho prometió que estudiaría como nunca y se seguiría portando siempre bien.

Efectivamente, durante el resto del año cumplió lo prometido.

Y en los exámenes de fin de curso lo proclamaron primero en la clase, y su conducta fué juzgada tan excelente, que el primer día de vacaciones el Hada lo llamó y le dijo:

—Puesto que te portaste tan bien, mañana se cumplirá tu deseo

—¿A qué deseo te refieres, mamita? ¡He tenido tantos!...

—Al de dejar de ser muñeco de madera para convertirte en un niño como los demás.

—¡Qué lindo! —exclamó Pinocho, saltando de alegría.

Todos los amigos que tenía en el pueblo y sus compañeros de escuela fueron invitados a una gran merienda en casa del Hada, con el fin de festejar en común el gran acontecimiento, para lo cual la mamita de Pinocho había hecho preparar doscientas tazas de café con leche y cuatrocientos pancitos enmantecados por dentro y por fuera.



FIN

Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 9 de marzo de 1945.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina.

3C
Lij
C-LA
25



